

FEMINEIDAD Y FEMINISMO EN “MUJER SIN EDÉN” DE CARMEN CONDE

Ana Herrera.

Filóloga, escritora, poeta, crítica literaria.

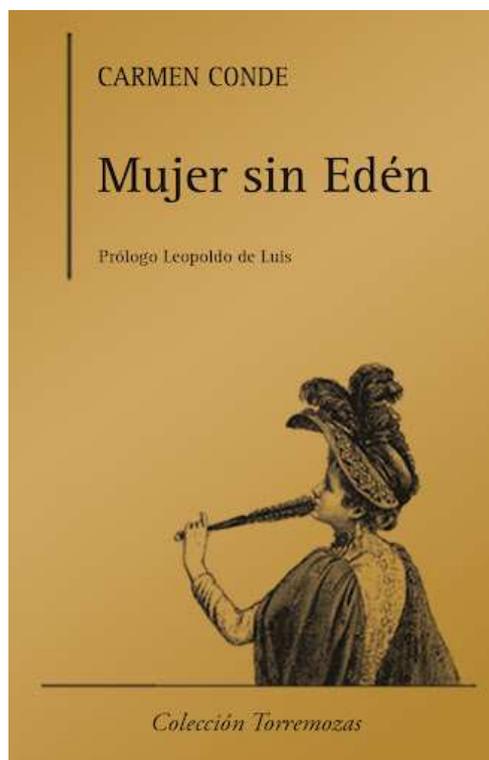
Mujer sin edén, publicado en 1947, fue el séptimo título de la poeta Carmen Conde. En opinión de Leopoldo de Luis, autor del prólogo a la edición de 2007 en Torremozas, de la mano de la excelente editora y también poeta Luzmaría Jiménez Faro, se trata del libro de poesía más importante escrito por una mujer en lengua castellana. Asimismo, indica que, en esta década de los cuarenta, en plena crisis de posguerra para la sociedad española, vieron la luz tres grandes obras de la poesía del siglo XX, *Sombra del Paraíso* de Vicente Aleixandre, *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso y la que ahora comentamos, *Mujer sin Edén* de Carmen Conde. Según apunta el citado crítico, *Mujer sin Edén* es un libro de protesta: “La protesta parte de constatar el desprecio sufrido por la mujer históricamente, desde

la interpretación judeo-cristiana”. A este carácter feminista, sumamos la mirada de la femineidad -recogida en el prólogo- cuando la autora confiesa: “Si yo soy poeta, el hecho de que soy mujer no debe permanecer ajeno a mi condición, y no se trata de hacer una poesía estrictamente femenina, sino de enriquecer el común acervo con las aportaciones que solo yo, en mi condición de mujer poeta, puedo ofrecer para iluminar una vasta zona que permanecía en el misterio”. Por tanto, feminismo y femineidad se unen en esta rotunda declaración.

El poemario se construye sobre una base de cinco cantos, donde domina el estilo narrativo-poético.

Canto primero

La voz poética se encarna en Eva para narrar el destierro del Jardín Edénico (“Los dos idos de Mí”) junto a Adán. El mito del ángel, de gran fuerza poética en estas páginas, se erige en el símbolo que ejecuta la expulsión del Paraíso al blandir su espada ardiente sobre el hombre y la mujer pecadores, destruyendo a todos los seres del Edén y a toda naturaleza viviente (“¡Cómo



crepitaba el bosque!”). Eva llora y se pregunta por su culpa; la única opción es refugiarse en el cuerpo del hombre: “Hízome Él del hombre con su carne, / y allí quise volver: hincarme dentro”. Hay una conmovedora sensualidad, un tenue erotismo en la percepción de su canto.

La ira implacable de Dios, ante la desobediencia, caerá a partir de ahora sobre ellos: “La tierra os cubrirá. ¡Buscad la aurora, / pariendo con dolor tú, la despierta / del hombre sin malicia!”. La referencia al Génesis se muestra claramente: “En gran manera multiplicaré tu dolor en el parto, con dolor darás a luz los hijos”. Dentro de su temor e ignorancia (“Corrimos temerosos. No entendíamos”), Eva se siente presa y encendida de amor: “¡Mis brazos y mis labios! Yo corría / por irme de mí hasta su lecho”. Y ese amor se esparce por la naturaleza: “A quererse enseñé hasta a las flores”. Dios, como un todo, no supo del poder de atracción entre dos mitades: “Dios no supo, porque Él es todo, / cuánto atrae lo mismo en dos mitades”. A partir de ahora, ante los ojos de los amantes se mostrará la imperfección y el caos: “¡Cuánta imperfección se revelaba / delante de mis pasos! Tierras secas, / piedras y más piedras, y más piedras...”. Adán se lamenta y siente nostalgia por el Paraíso perdido, pero insistentemente proclama su deseo y posesión por la mujer, erigiéndose en procreador de la humanidad: “Canté su nombre a todo: aves del cielo, / bestias de los campos, a las flores. / Cayose el sueño a mí, y ya dormido / te hicieron de mi espalda, mujer mía. / Me buscas y te busco; el hambre tuya / es hambre de ti en mí. Yo te deseo. / [...] / Hueles a hembra, / y soy yo quien te fecunda prolongándote”. Al leer estos versos y la representación del Jardín en ellos, he sentido la presencia cálida de Garcilaso con su canto sublime a la naturaleza en la *Égloga* III: “Cerca del Tajo, en soledad amena, / de verdes sauces hay una espesura, / toda de hiedra revestida y llena”. Y en la *Égloga* I, donde la conciencia se sumerge en estos versos maravillosos: “Corrientes aguas puras, cristalinas, / árboles que os estáis mirando en ellas, / verde prado de fresca sombra lleno, / aves que aquí sembráis vuestras querellas, / hiedra que por los árboles caminas, / torciendo el paso por su verde seno”. ¿No es una magnífica recreación del Paraíso? En respuesta, la mujer increpa a Dios para que la devuelva a la nada: (“¡Vuélveme a la Nada, Tú, Señor!”), aceptando y deseando pues su destino mortal (“Ya sé que moriremos. Lo prefiero. / [...] / Eternos no. Gracias, Jehová. Eternos no.”). Entretanto, Eva será la madre del mundo: “¡Tendrás hombres; de hombres océanos, / que mi cuerpo querrá brotarle al mundo! / [...] / Y hombres te daré prietos de jugo”. En una etapa de la historia de España, en la que es innegable el poder social y político que ejerce la Iglesia, el coraje y la valentía de Carmen Conde para publicar estos versos nos muestra de nuevo su carácter fuertemente feminista, no exento de femineidad. Ella se revela contra la ira divina, erigiendo el poder del amor.

Canto segundo

Este canto comienza con un poema que inicia la andadura en el exilio, “Primera noche en la tierra”, una tierra sin hollar, virgen, donde se siente el abandono del Creador y la soledad presente. En la añoranza del Paraíso perdido, Eva ofrece a Adán el paraíso de su cuerpo: “Toma el paraíso de mi cuerpo: mis labios son de ascua, mis hogueras / serán lo único vivo de la noche”. Al texto, lleno de exclamaciones y de interrogaciones retóricas, se suman bellas metáforas: “¡Noche, cueva negra de la tierra!”. En el sexto día, la voz lírica que encarna a Eva es consciente del esfuerzo del trabajo para obtener el fruto de la tierra. Se rebela, al sentir como el Creador cubre la belleza de su cuerpo desnudo, en unos versos de puro erotismo: “Con pieles nos vestiste para echarnos. / ¡Oh mi cuerpo desnudo, / tibio ramo de mi cuerpo tan suave! / ¡La fuente del placer, rosas mis pechos / cerrándose a la luz, por conocerse!” El tópico literario de la rosa aparece usado con delicadeza en “La primera flor”: “¡Una rosa, la Rosa, que me nace a mí sola / acompañando dulce mi desterrado sueño!”. Recordemos uno de los más bellos poemas de nuestro nobel Juan Ramón, cuando, con su poesía pura, canta a la belleza incomparable de la rosa en “Rosa íntima”: “Todas las rosas son la misma rosa / amor, la única rosa”. Recordemos también al famoso poeta francés del Renacimiento, Pierre de Ronsard, fundador del grupo La Pléyade, conocido como “el príncipe de los poetas y poeta de los príncipes” de Francia, que magistralmente canta a la rosa: “Toma esta rosa, amable cual tú eres; / bella entre rosas bellas la más rosa”. Increpa, la mujer, a la lluvia para acabar con la sequía y al viento para doblegarse ante ella. En su nostalgia edénica, es consciente, y así lo expresa, de que Dios no la quiere: “Tú no me quieres”. En la “Canción al hijo primero”, de nuevo, nos asombra la osadía del yo poético que alerta a Caín al tiempo que afirma que es el hijo de la ira y del odio de Dios por haber sido engendrado en el Edén: “Hijo de la ira / de Dios implacable. / No podrá salvarte / del odio tu madre”. Y ese mismo odio, a través de Caín se extenderá al hombre, matará a su hermano y dará origen a las razas y a los males del mundo: “Él dentro de sus tuétanos contiene sacudidas / que fueron las primeras que contienen las razas”. El llanto por Abel es un grito estremecedor de la madre por el hijo sacrificado: “¡Hijo mío, Abel! / [...] / ¡Abel, hijo mío!”. Lamentando la maldición de Dios a Caín, Eva confiesa su miedo y pide simiente perdonada: “Derrámame simiente perdonada / [...] / Miedo de la tierra, / ¡tengo miedo!”. El mito de los ángeles se recrea otra vez para inundar con su presencia todos los caminos terrestres, aliviando la soledad del hombre exiliado y siendo intermediarios ante el Creador: “Hermosos caminantes son los ángeles / que vienen y acompañan nuestro exilio. / [...] / ¿Qué les decís vosotros, qué lleváis / de nuestra vida a Dios...?”. Por fin, Eva junto a Adán se regocija ante el fruto de la tierra trabajada: “Descansa, ya está sembrada la tierra. / Allí puse contigo mi mano”.

Canto tercero

En sumo grado nos sorprende la poesía de Carmen Conde. De una manera prodigiosa nos encienden estos hermosos poemas llenos de ardor y de fuerza, en semejanza al himno, especialmente el que da inicio al tercer canto y que supone una alabanza por la vida, la recreación más idealizada posible del Paraíso en la tierra. Las especies serán salvadas por Noé en el Arca, mientras la lluvia, el trueno, el relámpago y el rayo azotan los caminos. Es así como el perdón a través de Noé salvara a la humanidad de la culpa: “¡Es que es nuevo vivir, y Noé perdonado / dará generaciones ausentes de la culpa!”. Será la paloma, con atributos de hembra, la que volverá con el fruto de vida -así como la mujer lleva el fruto de su especie en el vientre-: “¡Oh paloma de amor, hembra tú de esta arca, / regresarás con fruto para tu macho noble! / [...] / Es olivo, Señor. ¡Brilla el sol en el mundo!”. La sensualidad alcanza su clímax en unas líneas casi mágicas. Esa nueva vida penetra en el ser de la mujer cuando contempla el mar y envuelve el cuerpo en sus ondas, fuente de relajación y placer, imagen de la divinidad en la tierra, tal como se revela en las doctrinas panteístas: “Es Dios el mar. / [...] / ¡Déjame en el mar, que me penetre siempre el mar!”. / Mecida dulce o brutalmente; poseída / o rechazada sin soltarme de sus brazos. / Oh mar de Dios, mar desatinado y mío, / mar que abrasas / mi cuerpo avaricioso de tu cuerpo!”. El culto a la vida, en la voz lírica, es también el culto a la juventud y la huida de la vejez. El refugio en la muerte del cuerpo joven la conducen al éxtasis de Dios: “Peor que la absoluta inmovilidad es secarse. / No sentir el roce tenue de la brisa en los labios”. El goce de los sentidos forma parte, pues, de la esencia del ser, lo que supone un punto de encuentro del sujeto poético con el hedonismo. Se cierra esta parte con un texto que describe la andadura difícil de la mujer a través de la Biblia. El grito quejumbroso de rechazo se alza de nuevo en Carmen Conde en su condición de mujer y en su feminismo. “¡Nunca admites, oh Dios, que yo quiera saber!”. La autora reconoce el estado de exclusión que ha sufrido la mujer a lo largo de la historia al ser apartada del saber. Incluso en el teatro clásico del XVIII eran vituperadas las mujeres intelectuales y elogiadas las que se dedicaban a las labores del hogar. Hoy en día, a la mujer le queda mucho camino por recorrer, de ahí que esta obra poética sea un hito de modernidad en la lucha feminista.

Canto cuarto

Poseída por un extraño sentimiento de inquietud, confusión y ansiedad, la voz lírica alza su eco desesperado en la búsqueda de algo que ignora, pero que la hace sentirse más cercana a Dios: “¡Yo no sé lo que busco!”. Así se abre el canto cuarto en el desgarramiento del poema “Inquietud”, y bajo la congoja del miedo en “Presentimiento”. Aparecen de pronto ante

nuestra mirada los personajes del Nuevo Testamento. La autora crea un paralelismo entre las figuras femeninas de Eva y Ave (saludo a María); así mientras Eva fue expulsada del Huerto, María se convierte en la morada terrenal del Creador. Pero la tierra maldita por la ira divina cobrará venganza en su descendencia arrastrando a la Madre, que nunca pecó, por el peor de los castigos, la pérdida del Hijo: “Tu Hijo, otro Abel, será vendido / por quien tu Ojo implacable airado mira / [...] / Pero, María / jamás pecó, Señor. ¿Por qué la eliges / sufridora del drama sobrehumano?”. Por eso, “la vieja Eva se siente en María”, figura que, además, aparece totalmente divinizada. El sujeto poético se siente conducido a la deidad a través de la imagen de Jesús en otro poema de estructura similar a la cuaderna vía (estrofas de cuatro versos monorrimos de arte mayor) y delicada sensualidad: “Déjame que te beba, dale Tú a mi alma / esa agua que surte de tu hermosa garganta”. El dolor de María y el llanto por Jesús se muestran conmovedores en unos versos que podemos considerar de pura religiosidad: “las manos de Jesús alumbraban las noches”. Él, Jesús, la luz que todo lo redime. Es este poema, escrito en pareados, en mi opinión, uno de los más exquisitos de la obra poética, y donde el fervor religioso llega a su clímax: “¿Puedes, hombre, vivir, aunque Jesús no viva? / ¿Dónde hallarle otra vez, para quererle, yo? / ¿Cómo vives, ay, hombre, sin recordarle nunca?”. Por primera vez, desde el destierro, Eva se inunda con la “Presencia del alma”: “El alma que me embriaga quiere irse contigo / arrebatar la tuya y ascender al Jardín”. Y este encuentro del alma la conduce al deseo de unión con Dios que todo lo inunda: “Acércate sin arcángeles / [...] / Ven contigo solo. Visítame. / Tu cuerpo incandescente y fúlgido / llameará conmigo sobre tus bosques libres, / incorporándome a Ti”. Hay un halo de sensualidad en todos los textos que nunca se pierde. Junto al encuentro del alma y el ansia divina, coexiste el horror a la “bestia” que los arrojó del Edén, que al tiempo que impura y maldita, también lo es dulce y embriagadora: “Tu manzana fragante”. El sufrimiento humano se alivia y consuela, sin embargo, en la contemplación de la noche: “Desnuda la noche estalla / prietos ramos de luceros” / [...] / ¡Cuánta noche me cobija / estos ojos derramados! / ¡Quién subiera hasta la noche / con la noche rodeada / al cuerpo en túnica fresca!”. De nuevo nuestra retina se ilumina con unos versos sensuales que rozan lo divino. A mi mente acuden aquellos de San Juan de la Cruz en su obra sublime *Noche oscura del alma*: “En una noche oscura, / con ansias en amores inflamada, / ¡oh dichosa ventura! / salí sin ser notada, / estando ya mi casa sosegada. / [...] / ¡Oh noche, que guiaste! / ¡Oh noche amable más que la alborada! / ¡Oh noche que juntaste / Amado con amada / amada en el Amado transformada!”. El proceso místico de unión del alma (amada) con Dios (Amado) es, sin embargo, inherente a la obra de San Juan (“amada en el Amado Transformada”), sin que se llegue a alcanzar en este canto cuarto, sin duda, con la intención de la autora.

Se cierra esta parte del libro con el poema “Visión”. La voz poética es atrapada por una visión apocalíptica donde se hace presente, en calidad de

testigo, el personaje bíblico de San Juan: “Juan me ha visto...”. *El Apocalipsis de San Juan* también conocido como *Revelaciones de Jesucristo, Revelación o Libro de las revelaciones*, es considerado por la mayoría de los académicos como el único libro del Nuevo Testamento de carácter exclusivamente profético, y se atribuye al apóstol San Juan. “Los ángeles con truenos”, “los caballos derramando destrucciones”, “la tierra separada en dos mitades”, “los ángeles rujan sus trompetas” ..., son indicios severos de un caos del que la poeta quiere huir apresuradamente y para siempre anhelando en el Primogénito un refugio de paz: “¡Ay de los muertos, Primogénito / ayúdame a escapar!”.

Canto Quinto

Está compuesto por dos únicos poemas largos, como el resto del libro, de no fácil interpretación. Desde su presente, “Ahora”, la mujer medita sobre su destino pasado y futuro. Cargada con el dolor, el sufrimiento y la angustia que nace de la carga de su culpa, el pecado original, ansía un futuro pleno de liberación: “¡Llévame de la sombra, húrtame de mi sino!”. Un aura de fe se asoma a estos versos de emotividad intensa: “¡Quién pudiera soñar hasta crear la escala, / que enlazara contigo, Tú, el Señor de mis sueños...!”. En su lamento lanza una súplica final al Creador, anhelando un perdón que no le es concedido: “Señor, ¿Tú no perdonas?” Si perdonara tu olvido / yo no pariría tantos hombres con odio”. Del pecado original no perdonado sigue brotando el odio en la tierra, la destrucción, la muerte, las guerras: “¡Oh tu castigo eterno, tu maldición perenne...!”. La muerte de Jesús despunta de nuevo en este dramático e intenso poema como fruto del odio engendrado en la humanidad. La juventud y belleza femenina en su tiempo en el Edén, ahora se torna en una visión de vejez y cansancio de una mujer devastada por las tragedias: “Soy madre de los muertos”. Un punto de intertextualidad advertimos en este verso cercano a Calderón: “¡En nada te ofendieron, sino en nacer”! Y así lo clamaba nuestro clásico: “Pues el delito mayor del hombre es haber nacido”. En su grito de queja, la mujer pide el perdón para obtener el descanso definitivo: “Vuélveme ya de polvo. Duérmeme. / [...] / Líbrame de ese yugo”. Su voz final es de esperanza, quizás de confianza, en la clemencia divina: “Porque Tú perdonarás, porque al fin olvidarás. / ¿Quién si Tú eres Todo, de no ser Tú podría / darte un Paraíso por el perdón que te pido?”.

Dentro de la corriente de poesía rehumanizada, desarraigada, bullente en la década de los cuarenta, recién salida España de una cruenta Guerra Civil, el principal tema poético es el hombre y sus tristes circunstancias, lo que en términos novelísticos fue denominado como Tremendismo. También hay poemas religiosos donde el hombre se rebela y se enfrenta a un dios que guarda silencio ante los problemas de la

humanidad. Los autores principales son: Blas de Otero y Gabriel Celaya. Si hablamos en femenino, es en este marco temático donde podríamos encuadrar a *Mujer sin Edén* de Carmen Conde. La mujer que se rebela ante el mandato divino que de por siglos la ha arrastrado y la sigue arrastrando a una condición de inferioridad desde que nace de una costilla del hombre hasta su carga de culpabilidad como la causante del pecado original. Estas dos circunstancias se unen al nacimiento de las sociedades patriarcales, en las cuales el varón acumula riqueza y poder debido a su protagonismo en las guerras y deja a la mujer relegada a las tareas domésticas. En aquellos años cuarenta de dura posguerra, de sometimiento del pueblo español a los órdenes dictatoriales y de intromisión eclesiástica en todos los órdenes de la vida privada y social, hay que entender el papel de Carmen Conde como el de una mujer, una poeta, que pisando un asfalto escabroso consigue con valentía elevar su voz solidaria, feminista y femenina por los caminos de otro paraíso, el terrenal. Hasta nuestros días así lo ha sido y así será en lo que de eterno conlleva la poesía. *Mujer sin Edén* es pues un grito tremendista hacia la liberación en pos de la justicia y la igualdad que requiere la esencia femenina, y que encaja perfectamente en los grandes movimientos que a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del XXI han construido el horizonte de la lucha feminista. Desafortunadamente, la sociedad patriarcal aún hunde poderosamente sus garras en todos los dominios de la vida pública y privada. Seguiremos en nuestro empeño por nosotras mismas, por nuestras hijas, por nuestras nietas y biznietas, por nuestro futuro. Dejémosles en herencia la fuerte convicción de lo que representa ser mujer en el panorama de todas las sociedades construidas y por construir.